

LA FORMACIÓN COMÚN A DISTINTAS PROVINCIAS O INSTITUTOS EN LA PERSPECTIVA DE LOS FORMADORES

RESUMEN

La colaboración entre diferentes provincias de un mismo instituto y entre distintos institutos es una realidad presente en la formación inicial de la vida consagrada. Este trabajo recoge (con un método cualitativo) la experiencia de formadores y formadoras, que expresan su parecer respecto a esta formación común. De ella valoran la mejor calidad de la formación, el sentido más universal que se transmite, el enriquecimiento de las personas y su aportación para el futuro de las congregaciones. Las dificultades encontradas son la compleja interculturalidad, las diferencias en el enfoque formativo y las dificultades de las personas. Las condiciones necesarias para un buen resultado son el apoyo del gobierno religioso, la calidad de los programas y formadores, el adecuado acompañamiento de las personas y de los grupos y la madurez de las personas. Unas conclusiones sintetizan los resultados.

Palabras clave: colaboración, formación común, formadores, interculturalidad, reestructuración, revitalización, vida consagrada.

ABSTRACT

The collaboration between different provinces of an institute and between different institutes is a fact during the initial formation of the consecrated life. This article describes (with a qualitative method) the experience of male and female formators, who express their considerations about this common formation. They have a high regard for the better quality of the formation, the more universal sense that is given, the enhancement of the people and their contribution to the future of the congregations. The difficulties found are the hard interculturality, the difference in formative focus and people's difficulties. The necessary conditions for a good result are the support from the religious government, the quality of programs and formators, the right assistance for groups and people and the personal maturity. Some conclusions synthesise the results.

Keywords: collaboration, common formation, formators, interculturality, reorganization, revitalization, consecrated life.

La formación vocacional común a varias provincias de un mismo instituto es una realidad frecuente en la Iglesia desde hace muchos años, como lo fue para numerosos institutos desde su misma fundación. Esta realidad ha sido últimamente objeto de atención y reflexión por parte de la vida consagrada en distintos países, y hoy adquiere cierta relevancia por la creciente tendencia a la reestructuración de provincias religiosas, especialmente en el mundo occidental. También desde hace bastantes años han surgido variadas experiencias de colaboración entre distintos institutos en orden a la formación en distintas áreas geográficas, y por eso se ha querido garantizar «su integridad, su solidez y la sintonía con el camino de la Iglesia»¹.

De ambas realidades se trata en estas páginas, que no pretenden un balance sistemático de dichas experiencias sino, más modestamente, ofrecer el punto de vista de algunos formadores y formadoras (entre los que se incluye el autor de estas páginas) que han participado en actividades y experiencias de formación en común. Las experiencias que aquí se reflejan son muy variadas. Las formas en que un instituto puede desarrollar su formación interprovincial incluyen por lo menos comunidades dedicadas a las etapas de postulante (o prenoviciado), noviciado, juniorado (con estudios más específicos o genéricos), teologado, preparación a la profesión (o tercera probación) y fórmulas varias de formación permanente.

Por lo que hace a las formas de colaboración intercongregacional, se suelen organizar con más frecuencia para las primeras etapas. En general se trata de iniciativas complementarias a la formación, orientadas al estudio de los aspectos comunes de la vida consagrada, aunque también se procuran celebraciones comunes y espacios de convivencia informal que favorezcan la formación integral de los sujetos. La formación de los formadores es otra realidad que, con una mayor o menor regulación académica, se está suscitando en distintos ámbitos de la Iglesia.

En nuestra aproximación para examinar y reflexionar sobre esta realidad compleja hemos preguntado a distintos formadores y formadoras sobre realidades, logros, dificultades y propuestas en torno a la formación común² y agrupamos sus respuestas, en los siguientes apartados: (1) lo que los formadores valoran como positivo en estas experiencias; (2) las dificultades que encuentran y (3) las condiciones que consideran necesarias para propiciar el fruto deseado; el trabajo termina (4) con una síntesis conclusiva.

1 CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA [CIVCSVA], *La colaboración entre institutos para la formación*, de 8 de diciembre de 1998, n. 1.

2 En el *Anexo* final se indican las características del sondeo realizado. En esta síntesis se mantiene el anonimato de las respuestas, prometido en el cuestionario.

1. LO QUE SE VALORA COMO POSITIVO

En las experiencias consideradas se valoran mucho la cualificación de la formación, la apertura a una mayor universalidad y al sentido eclesial, la revitalización carismática y el mismo enriquecimiento apreciado en muchas de las personas participantes.

La cualificación de la formación

En muchos casos se constata que la opción por centros de formación interprovinciales ha cualificado la etapa de formación correspondiente. Sucede en cursos internacionales de formación permanente organizados en alguna ciudad con amplia oferta formativa, pues ello permite ofrecer programas académicos de calidad, con la facilidad para participar en otros cursos, retiros o convivencias de nivel intercongregacional. El resultado es la existencia de programas académicos más orgánicos y completos, mejor articulados, que no dependen solamente de los formadores responsables de la experiencia.

En este tipo de centros y en las casas interprovinciales de formación se valora también la calidad de los equipos de formación, la «solidez estructural» de estos equipos, que es un valor añadido a la riqueza del grupo mismo en formación, con más variedad de sensibilidades personales. Como efecto, en estos grupos más amplios y cualificados la responsabilidad de la formación, incluido el adecuado control externo, resulta más compartida y no recae solamente en la figura particular del formador. En algunas experiencias intercongregacionales el trabajo formativo queda también cualificado por una metodología activa, tipo taller, que implica a formadores y formandos y que ayuda a personalizar los contenidos ofrecidos.

Esta cualificación de la formación se aprecia en el caso de la preparación interprovincial para la profesión, donde se establece un «tempo forte» con un buen equipo, que permite impartir contenidos de calidad, ofrecer experiencias espirituales prolongadas (como el mes de Ejercicios) y vivir como dimensión formativa la relación con la misión y la comunidad. Esta misma etapa propicia una revisión profunda de la vida personal, una relectura del recorrido vocacional efectuado hasta el momento. La calidad formativa de esta y de otras etapas se ve favorecida también por las estructuras materiales, incluyendo la elección y equipamiento de una casa apropiada, lo que no se podría hacer fácilmente sin esta colaboración.

La universalidad

En las experiencias intercongregacionales, sea en el ámbito de un centro académico de formación, sea en encuentros organizados por distintos institutos, se valora mucho el simple trato de los alumnos entre sí, en el cual se conocen y aprecian los diferentes carismas y, como efecto, se confirma la propia vocación en el trato con otros jóvenes consagrados, pues se verifica la plausibilidad social y cognitiva de un fenómeno sociológicamente minoritario como es la vocación. Tanto formadores como formandos/as aprecian que este conocimiento de la pluralidad carismática refuerza y confirma el propio carisma y ayuda a apreciar el de los demás; dice una novicia: «el internoviado me permitió valorar mi carisma y entender que hay otros muy valiosos dentro de la Iglesia»³.

También en los programas intercongregacionales de formación de formadores, además de apreciar la formación «profesional» misma que proporciona el programa, se aprecia con mayor profundidad la riqueza y variedad de los carismas, pues los participantes tienen una perspectiva más amplia que en las etapas iniciales. Otro valor que se resalta en las experiencias intercongregacionales de las etapas iniciales es la calidad de la relación que se establece entre varones y mujeres jóvenes que están aprendiendo a vivir su nueva condición de consagrados. La interacción de lo masculino y lo femenino se aprecia como muy positivo en varias respuestas, y más específicamente cuando comparten un mismo carisma.

Y como valor no buscado, pero muy valioso para la Iglesia, los jóvenes en formación perciben y aprecian la eficacia y la disponibilidad para la colaboración intercongregacional que hace posible la experiencia misma.

En las casas de formación interprovinciales, que con frecuencia son también internacionales, se considera que lo interprovincial es una riqueza, pues «se acogen modos de vida (estilos) distintos de diferentes provincias, aunque sean de la misma congregación» y se amplían «los estrechos esquemas provinciales, que es una tentación grande en la congregación». Los jóvenes formados en ese ambiente interprovincial tienen luego más facilidad para compartir y trabajar con los religiosos de otras provincias y eso ayuda mucho al plantearse más adelante la reestructuración de provincias, así como también ayuda a hacer un discernimiento verdaderamente común, y no sólo provincial⁴.

Como es obvio, lo internacional favorece la apertura a lo universal, pues ayuda a «conocer los diferentes contextos en que está la congregación, comu-

3 Testimonio de una novicia sobre un internoviado.

4 Es la constatación de un superior provincial. Lo confirma B. ACOSTA MESA, *Unir fuerzas para el 'más' de la misión, desde la experiencia de la Compañía de María*, in: UISG, Boletín n° 135 (2007) 38.

nicarse experiencias distintas y verificar lo común que nos une»⁵. Algún formando valora mucho haber salido de su país, más bien pequeño y con una vida congregacional un poco pobre, para formarse con compañeros de otros países y en un contexto congregacional más rico.

Esta universalidad remite a lo intercultural. Para una congregación misionera, por ejemplo, resulta positivo el cambio cultural, aunque requiere cierto esfuerzo, porque prepara mejor para el futuro apostólico real⁶. Además, lo intercultural puede formar para la diversidad, para conocer y aceptar otras realidades culturales, para la acogida de la diversidad existente fuera y dentro de la congregación⁷. En otros casos se valora la interculturalidad en la formación inicial porque la mayoría de las comunidades apostólicas son internacionales, y así se favorece desde el comienzo el salir de los propios esquemas para «valorar lo otro, darse cuenta que lo suyo no es lo único ni lo mejor», convivir con otras formas de pensar, y de este modo, «se crece en el respeto»⁸.

El contacto con las fuentes carismáticas

Otra virtualidad de algunas de las experiencias interprovinciales, especialmente las que atienden la preparación a la profesión, es que posibilita un mejor contacto con las raíces carismáticas, procurando en ocasiones un acercamiento geográfico, histórico y espiritual a los lugares del origen del instituto y a la identidad carismática, facilitando la presencia de distintos especialistas en el carisma. Otro camino de retorno a los orígenes, en este caso en la formación inicial, consiste en recrear (con fidelidad creativa) la novedad de los fundadores al establecer el estilo de las nuevas casas de formación, separándolas de una tradición que a su vez se había apartado de los orígenes; y así por ejemplo se opta por acercarse a un ambiente más sencillo y popular, se establecen estructuras domésticas más flexibles, se facilita una mayor iniciativa, se forma en la capacidad de adaptación y de este modo se preparan para el futuro ejercicio misionero⁹.

El enriquecimiento de las personas

Otro rasgo o efecto positivo que se percibe en las experiencias intercongregacionales e interprovinciales es que las personas en formación se

5 Es el testimonio de una maestra de noviciado internacional.

6 Es el testimonio de una superiora provincial de prenoviciado internacional.

7 Indicación de la formadora de otro prenoviciado internacional.

8 Lo dice la maestra de un noviciado internacional.

9 Una formadora se refiere así a los criterios para el establecimiento de un postulante interprovincial.

enriquecen notablemente, por distintos capítulos; ya hemos aludido al apoyo psicológico que proporciona a los formandos, especialmente valorado en las primeras etapas.

En las casas interprovinciales el mero valor de lo comunitario (al poder reunir un número más apreciable de jóvenes en formación) suele resultar muy apreciado; y, al insertarse en un grupo más grande, ya no son «hijos o hijas únicas», sino que deben convivir con otros iguales que tienen también sus cualidades y con cuya interacción se les liman algunas excrecencias narcisistas. Algunos formandos formulan que les ha enriquecido notablemente la necesidad de abrirse a lo culturalmente distinto, así como les ha hecho sensibles a compañeros de distinta procedencias social (por ejemplo, de países y familias pobres) y esto ha profundizado el sentido de los votos religiosos y de la vida común¹⁰.

Y otro enriquecimiento personal apreciado en muchas de las casas internacionales es el necesario aprendizaje de la lengua vehicular utilizada en la comunidad y en los centros internacionales de estudio; aunque lógicamente no se aprenda sin un esfuerzo notable.

La preparación para un futuro en común

La mayoría de los formadores consideran que la formación común prepara un mejor futuro de las congregaciones, que caminan en general hacia una mayor sinergia internacional. Esto es más claro para las provincias que están preparando una reestructuración a medio plazo (como es el caso de muchas en el llamado mundo occidental), pues las casas interprovinciales de formación facilitan mucho el clima futuro para el discernimiento que se emprende y para tener una disposición más favorable a la reestructuración¹¹.

Y no sólo se propicia la reestructuración organizativa de las provincias, sino la revitalización de los planes específicos de formación. Al formar equipos nuevos en casas de formación interprovinciales se favorece una renovación del plan de formación conforme a los últimos documentos de formación. En algunos casos es el mismo gobierno de la congregación el que asume y promueve esta renovación de la formación, y de este modo favorece la

10 Es el testimonio de un junior formado en un país menos desarrollado económicamente que el suyo.

11 Es la apreciación de un superior provincial, antiguo formador. La reestructuración organizativa y la interrelación formativa (intra o intercongregacional) suelen suscitarse por la escasez de vocaciones y de formadores (CIVCSVA, *La colaboración entre institutos para la formación*, n. 3); lo mismo sucede en otros fenómenos más radicales de relación: E. HERNANDEZ, *Aspectos jurídicos y consideraciones carismáticas en las experiencias de agregación, federación, fusión y unión de institutos de vida consagrada*, in: UISG, Boletín nº 135 (2007) 4-12.

renovación y vitalidad futura que será necesaria para la reestructuración que programa¹².

2. LAS DIFICULTADES ENCONTRADAS

Pero en la formación común también existen dificultades, y en algunos casos pueden malograr los intentos mejor intencionados. Los formadores y formadoras suelen señalar algunas de tipo práctico que nunca faltan, el cambio cultural y lingüístico, las diferencias de criterios formativos en la congregación o el equipo, y las dificultades personales de formandos (o de los mismos formadores). Hay que recordar, porque es claro, que no todas las dificultades señaladas son específicas o exclusivas de centros interprovinciales o intercongregacionales, sino que se pueden producir en cualquier casa de formación.

Logística y currículum

Las dificultades que podríamos considerar de tipo logístico, y que a veces se producen, suelen interferir en cierto grado con los procesos formativos, por ejemplo cuando la gestión de un visado retrasa la incorporación a la casa de formación o cuando un permiso de residencia dificulta o impide continuar sosegadamente la experiencia formativa.

También se dan otras dificultades objetivas, especialmente en los estudios académicos de centros superiores, como aprecian los profesores de los mismos centros. A veces el nivel de los estudios realizados previamente no es suficiente para seguir los cursos exigentes de un centro superior. Otras veces sucede que personas acostumbradas a un método determinado de estudio tienen resistencias para una pacífica inserción en un centro donde existe otro sistema de enseñanza, de evaluación y de participación. Otras veces los mismos profesores sienten dificultad para apreciar las expectativas y objetivos de los alumnos de otros países o continentes, lo que puede generar incluso malentendidos en las relaciones con el mismo centro. Finalmente pueden existir ciertos problemas para atender algunas propuestas intelectuales de alumnos extranjeros cuando quieren estudiar o trabajar algún tema particular de su cultura de origen, para lo que no siempre está capacitado el profesorado ordinario del centro.

12 Así lo formula una superiora provincial, antigua formadora.

Lengua y cultura

El insuficiente conocimiento del idioma vehicular de la casa de formación internacional puede ser otra ocasión de dificultad que a veces los superiores de la provincia y país de origen no previenen suficientemente. Si la formación incluye estudios académicos superiores (como la teología), la limitación por el desconocimiento de la lengua puede llegarse a convertir en algo muy significativo, que impide la normal inserción en el centro y el adecuado estudio, propiciando un fracaso académico nunca deseable por sus consecuencias para la autoestima personal y para la normal formación vocacional. Con todo, algunos formadores consideran un esfuerzo excesivo exigir a todos los formandos que aprendan una lengua que en el futuro quizá no usarán (especialmente cuando en otras etapas de formación hablan otros idiomas y se les piden demasiados esfuerzos consecutivos en este campo). Por otro lado, no aprender suficientemente la lengua común vehicular puede ser la causa, o la justificación, para un cierto aislamiento en las propias peculiaridades culturales, al agruparse la persona en formación preferentemente con sus afines y no con toda la comunidad.

Además, sin conocer la lengua del lugar se hace muy difícil una adecuada inserción pastoral y social, que suele ser muy provechosa en la formación¹³. Por eso algunos institutos dedican un cierto tiempo, antes del cambio de casa, a aprender la nueva lengua, incluso prolongando esa enseñanza con alguna clase de refuerzo a lo largo de la estancia en la misma casa de formación¹⁴.

En otros casos el problema es que se conoce y se habla la lengua del lugar, pero se piensa con la de la cultura propia, de modo que es la mentalidad la que no se incultura. En la práctica (y en la teoría) existen dos enfoques que resultan muy distintos en su manifestación extrema, y que plantean en las casas de formación lo mismo que en la sociedad civil¹⁵: más bien permitir el pluralismo heterogéneo y la convivencia de las distintas procedencias culturales con sus acentos, o más bien apostar por la inculturación fuerte y común en el lugar donde tiene lugar la formación. Pero ambas posiciones (especialmente en sus extremos) pueden tener efectos muy distintos para la casa de formación, como los tiene para la sociedad civil.

Por lo que respecta a la formación, la opinión mayoritaria de los formadores expresa que el esfuerzo por incluirse en la cultura de acogida ayuda en muchos sentidos a una buena formación; pero, al mismo tiempo, mantener

13 Es la opinión de una formadora, a su vez extranjera, en un prenoviciado internacional.

14 Es la decisión de un instituto internacional.

15 Un modelo de integración cultural favorecería la existencia de un amplio pluralismo (por ejemplo, según el modelo británico de convivencia), mientras que otro fomentaría la fuerte inculturación de los inmigrantes en el país de acogida (modelo francés).

y expresar la diversidad favorece la tolerancia y el pluralismo también necesario en la formación y en la vida apostólica y comunitaria. En general las casas de formación procuran este equilibrio; sin embargo se refleja en algunas respuestas la tensión entre una inculturación (o europeización) que se ve conveniente o necesaria (por ejemplo para el estudio académico, y para la mejor comprensión de los orígenes de la congregación) y otra inculturación que no es en absoluto necesaria, puesto que no toda tradición o costumbre del país de acogida (el *costumbrero* religioso de cada lugar o las tradiciones seculares de la sociedad civil) forma parte de la identidad carismática, cultural ni teológica del instituto. Pero puede generarse en las casas y países de acogida una excesiva cerrazón en mantener esa *identidad accesoria* de tradiciones acumuladas, y que dificulta a los «extranjeros» la asimilación de los elementos propiamente necesarios.

Pero, además de este enfoque más general (reflejado en las actitudes de formadores y de formandos), esta diversidad cultural trae algunos problemas más concretos en las casas de formación. A veces es el equipo formativo (europeo) el que confiesa no conocer de modo suficiente la cultura de origen de un grupo mayoritario de personas en formación (por ejemplo de África, de Asia o de Latinoamérica), lo que los formadores reconocen como una limitación notable. Otra constatación es que los cambios de etapa formativa ya suelen implicar un «cambio cultural» muy fuerte (por ejemplo en el caso de la entrada en el noviciado) y por eso resulta que la persona en formación tiene que hacer dos esfuerzos al mismo tiempo, el de acomodarse a un modo religioso de vida y el de cambiar de país y de cultura. Por lo cual parece conveniente que exista un cierto tiempo de adaptación inicial a la cultura del país de acogida que no siempre se puede o se suele realizar¹⁶. La heterogeneidad cultural puede ser dispersante, pero la inserción no bien preparada en una sociedad nueva (por ejemplo capitalista y desarrollada) a veces deslumbra excesivamente al que llega a ella desde situaciones socialmente más desfavorecidas, y propicia una «acomodación» demasiado rápida a los usos y costumbres (y al nivel de vida) del país de acogida¹⁷.

La diversidad cultural y nacional puede traer consigo otro problema. El previo bagaje académico que traen las personas a la etapa interprovincial no siempre es semejante; y esto resulta conflictivo tanto si el país de acogida es de nivel académico más elevado como si es el formando el que considera que sus exigencias intelectuales o formativas se ven rebajadas. Y de hecho sucede a veces que el formando no logra acomodarse al nivel académico de un centro superior; pero también ocurre que un centro de estudios rebaja el nivel de

¹⁶ Es el testimonio de una maestra de noviciado internacional.

¹⁷ Es el testimonio de una formadora en juniorado internacional.

sus contenidos para llegar con más facilidad a una mayoría menos preparada. De esto se lamenta algún formando y algún formador.

Diferencias en el enfoque formativo

Otro capítulo de dificultad en los centros intercongregacionales y en las casas interprovinciales se refiere a la integración no siempre lograda de los equipos académicos o formativos. En ocasiones los formadores pueden pensar que las doctrinas u opiniones teológicas manejadas en los centros académicos difieren de lo que ellos enseñan en la casa de formación, diferencia que puede desconcertar a los formandos. Generalmente se lamenta más cuando se trata de etapas iniciales (por ejemplo en el internoviado), y no tanto en etapas posteriores (en una facultad de teología); el malestar lo producen profesores que son críticos con formas ordinarias (o tradicionales) de la vida religiosa, con la práctica del gobierno religioso, con las manifestaciones concretas de vivir los votos o incluso con opiniones teológicas o morales.

Otras dificultades pueden proceder de las diferentes provincias. Algunas dificultades son tan simples como la resistencia a establecer nuevas comunidades que impliquen el cierre de otra casa de formación, aunque esté casi vacía, pues resulta afectivamente doloroso. En el caso contrario de países con numerosas vocaciones otra dificultad es querer simplificar el pluralismo de los individuos mediante el recurso a estructuras más bien rígidas que pueden funcionar bien quizá durante las etapas iniciales, pero que a medio plazo no permiten la personalización adecuada de la formación¹⁸.

En las casas interprovinciales es también motivo de dificultad percibir notable disparidad en los criterios de gobierno religioso; sucede cuando, por ejemplo, el gobierno provincial de las personas en formación no apoya las decisiones de las formadoras locales (que pertenecen a otra provincia), tal vez disculpando la adecuada falta de respuesta del novicio o la novicia por su cultura propia; o cuando falta patentemente una unidad de criterios formativos entre las distintas provinciales que envían sus novicios/as a la casa común¹⁹. Esta diversidad de criterios formativos con las provincias de origen puede adquirir muchas formas, pero no facilita en absoluto la formación. Aunque es cierto que los formadores, por su parte, también deben dejarse evaluar desde fuera por los gobiernos provinciales, sin sentirse heridos ni invadidos en sus competencias.

Otro tipo de problema se produce cuando los plurales equipos formativos de una misma casa de formación interprovincial no están bien articulados

¹⁸ Es una observación referida a algunos noviciados orientales.

¹⁹ Es la constatación de una maestra de noviciado internacional.

ni sus criterios están bien armonizados. De este modo puede suceder que el estilo de formación en unos formadores es más incisivo y en otros más permisivo. Puede ocurrir cuando un formador aplica el criterio de «dejar a Dios ser Dios» o «dejar que el proceso del novicio con Dios dé sus frutos», mientras que otros formadores pueden entender esta actitud como inhibición formativa, que deja a los novicios o escolásticos negativamente protagonistas de algunas dinámicas comunitarias poco constructivas. En cualquier caso los jóvenes en formación perciben opiniones y modos de proceder contradictorios dentro de la misma casa de formación o en dos etapas muy seguidas. Siempre para daño de la formación.

Otro problema más particular (pero repetido) proveniente de las congregaciones mismas es cuando se produce la interferencia de algún religioso ajeno a la formación que incide negativamente al prestarse como ocasión de desahogo y consejero informal del formando, dificultando la unidad de criterio y los ritmos propios de la formación²⁰. Esto se complica si el religioso o religiosa en cuestión vive en la misma comunidad formativa y quizá tiene alguna carencia afectiva o cierta fragilidad psíquica; aunque siempre se puede hacer de la necesidad virtud y puede servir a los novicios o novicias para familiarizarse con la realidad concreta de la congregación²¹.

Las dificultades de las personas

Como está indicado, existen ocasiones en que los formadores/as sienten que no entienden a los formandos de una casa interprovincial (o internacional), imaginando que esta incomprensión sea efecto de particularidades culturales; pero en otros momentos tienen el convencimiento que la dificultad proviene de características estrictamente personales. Porque dificultades de carácter, de generosidad vocacional, de engaños espirituales y otras derivadas del contagio del grupo constituyen también una fuente de problema en las casas de formación interprovinciales. Las respuestas de los formadores, con todo, no profundizan mucho en este tipo de problemas, pues no son achacables directamente al hecho de ser comunes las casas de formación, sino a los problemas generales del crecimiento vocacional.

Pueden presentarse problemas cuando la formación recibida previamente no dispone suficientemente bien para la etapa siguiente; por ejemplo, cuando existen prenoviciados muy distintos en cada provincia, que no preparan para el noviciado común interprovincial²².

20 Lo constata el formador responsable de un teologado interprovincial.

21 Así dice una superiora provincial.

22 Lo constata una formadora con larga experiencia en un noviciado interprovincial e internacional.

Si en esos casos se lamenta que el mismo instituto no se coordine mejor, en otros casos se percibe que son algunas personas en formación las que no llegan bien dispuestas a la nueva etapa, de tal modo que importa mucho «dar a conocer desde el principio lo que es, lo que ofrece y lo que exige la vida religiosa en esa etapa»²³. Pero otras veces la falta de disposición del sujeto no es fruto de una negligencia más o menos libre que se puede corregir, sino de limitaciones o heridas más graves que no se pueden tratar bien con los medios ordinarios de una casa de formación, o es efecto de capacidades insuficientes para la etapa y tal vez para la vocación misma²⁴. Por eso, desde el punto de vista formativo, el paso a la etapa siguiente no puede ser automáticamente fijado por el calendario, sino por la madurez alcanzada. De hecho algunos formadores/as consideran que el tiempo de que se dispone en alguna etapa más importante resulta escaso para todos los objetivos planteados, sobre todo para el necesario conocimiento de sí mismo²⁵; y las prisas en formación no valen pues, como recuerda una formadora, «el microondas cocina peor que el fuego lento».

Otras dificultades personales no son psíquicas ni vocacionales, sino que tienen que ver con los objetivos formativos mismos y lanzan un reto a todas las casas de formación. Por ejemplo, cuando los jóvenes en formación se lanzan excesivamente al activismo pastoral o a una desordenada excelencia académica, descuidando otros aspectos de la práctica espiritual o la presencia comunitaria, y evitando la parte de transformación interior en la que se concentran las mayores exigencias de la formación.

En resumen, las dificultades personales constatadas pueden provenir de una formación previa insuficiente, de una escasa madurez psíquica, de una pobre disposición espiritual o de las resistencias no conscientes a la transformación de sí mismos.

3. ALGUNAS CONDICIONES CONVENIENTES

Las situaciones ideales nunca se realizan ni en la casa de formación ni en otras instituciones eclesiales. Pero parece que hay algunas condiciones que favorecen que las experiencias de formación en común sean más fructíferas. ¿Cuáles son, pues, esas condiciones? En las respuestas subyace la evidencia de que la condición más necesaria es la adecuada disposición espiritual, pues el trabajo formativo no es de los formadores sino del Espíritu, y por lo mismo

23 Lo formula así una formadora de un postulando interprovincial.

24 Según la reflexión de una maestra de un noviciado interprovincial.

25 Es una observación de un juniorado interprovincial e internacional.

hay que dar prioridad a la intimidad con Dios²⁶; y en los formandos, el éxito principal depende de su apertura agradecida a Dios y al proceso formativo. Esta prioridad de la gracia, sin embargo, requiere otras colaboraciones humanas más concretas, que se indican a continuación.

El apoyo institucional del gobierno

El apoyo de los gobiernos provinciales y generales facilita mucho la buena instauración y funcionamiento de las casas de formación comunes²⁷. La opción por una formación de calidad ha favorecido que algunos institutos se unan para tener una parte de su formación en común. En alguna congregación la decisión de favorecer una vuelta a los orígenes y a las raíces carismáticas ha llevado a rediseñar de modo completo la formación de modo que todas las personas en formación pasen una etapa de formación en el país de la fundadora.

La apuesta del gobierno general (a veces arriesgada y valiente) y de los gobiernos provinciales por este tipo de formación ha supuesto un gran apoyo para la experiencia, así como la colaboración de las provincias al formar los equipos formativos. Parece preferible que la decisión sea tomada por el gobierno general antes que ser una idea de formadores particulares.

En alguna ocasión el arranque del proyecto se hizo precedido de un prolongado discernimiento realizado por el equipo formativo con las provinciales implicadas, pensando entre todas algo nuevo (ante la crisis patente de los métodos antiguos) y buscando con flexibilidad y disponibilidad cómo construir ese modelo nuevo. Una consecuencia concreta de la implicación del gobierno (general o provincial) es la mayor facilidad para configurar equipos de formación internacionales o interprovinciales, según los casos.

La opción interprovincial se ve muy favorecida cuando los gobiernos provinciales se implican impulsando el proyecto y haciendo luego un seguimiento cercano con apoyo explícito al formador o formadora; por su parte, el equipo formativo hará bien en acoger sus sugerencias, para que la colaboración sea perfecta²⁸. De modo que funcionan estos proyectos cuando hay diálogo entre provinciales y formadores/as, cuando la congregación tiene claros los objetivos de la etapa y apoya a la persona encargada y a su equipo, cuando hay voluntad de comunión por encima de las diferencias. En algunos casos esta colaboración se concretó en la elaboración de un estatuto con participación de todas las

²⁶ Lo recuerdan algunos formadores, como es obvio: ver CIVCSVA, *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, n. 19.

²⁷ Lo repiten formadores/as y superiores provinciales.

²⁸ Lo formulan algunos formadores de varias experiencias interprovinciales.

provincias que establecía el marco completo de la etapa interprovincial: lo económico, lo formativo y lo académico; un marco que, además, fue conocido por los formandos. Para facilitar este mutuo conocimiento ayuda que los superiores de cada provincia implicada visiten la comunidad y allí visibilicen el respaldo ofrecido al proyecto y a los formadores²⁹. También el entusiasmo de los formadores con el nuevo proyecto promovido por los superiores provinciales suele facilitar mucho el necesario impulso inicial³⁰.

La calidad de los programas y especialistas

La calidad de los programas académicos, de los profesores que imparten los cursos y de los facilitadores de las dinámicas formativas es otra variable que favorece mucho un resultado positivo en la formación común. Así lo consideran los centros de estudios superiores, que valoran poder ofrecer calidad en los programas y en el profesorado, lo que repercute en el aprovechamiento intelectual. A su vez, el centro procura una buena acogida institucional a los que vienen de fuera, tanto estudiantes como formadores o superiores. Esta calidad la aprecian las personas en formación, que valoran mucho a formadores/as y profesores de calidad, incluso en el caso de ser personas mayores y de otro país³¹.

Cuando la experiencia no es tan marcadamente académica sino formativa (como en un internoviado) ayuda también que los profesores invitados estén informados de las situaciones reales que viven las personas en formación, de modo que puedan acomodar a sus oyentes sus aportaciones y no resulten demasiado alejadas de sus situaciones existenciales. Si la experiencia es interprovincial, es muy conveniente que los especialistas invitados (para retiros, cursos y demás) sean de las distintas provincias implicadas; como también ayudan las visitas informales de otros miembros de distintas provincias a la casa de formación interprovincial³².

El acompañamiento cercano de los formadores y de los equipos

Otra variable que suele producir siempre buenos resultados en las casas de formación interprovinciales, según indican las respuestas recogidas, es el acompañamiento cercano de los formadores y de los equipos formativos. Cada vez es más frecuente y comprendida la necesidad de que exista un equipo de

29 Es la apreciación que se hace desde un teólogo internacional.

30 Es la experiencia de un formador que comenzó un nuevo proyecto de formación internacional.

31 Concretamente, en el caso de un internoviado en Asia; opiniones semejantes se repiten.

32 Es la apreciación concreta de dos teólogos interprovinciales de distinta congregación, aunque es una práctica muy extendida.

formadores que sea rico, diversificado, con funciones claras y sin dificultad de diálogo entre sí; ayuda mucho, por lo tanto, el buen entendimiento del equipo formativo que, además, apoye a la persona responsable³³. Para eso el equipo debe reunirse con frecuencia, especialmente cuando empieza a surgir cualquier problema; de modo que, si por ejemplo las formandas perciben unión en el equipo de formadoras, todo resulta más fácil³⁴. Por lo tanto no basta solamente una cualificación «profesional» del equipo formativo, sino que su testimonio personal y religioso acaba teniendo un claro impacto en la formación inicial³⁵.

Aunque exista un equipo bien articulado, la formadora o formador responsable deben estar suficientemente liberados para la función que se les pide, sin tener demasiadas cargas apostólicas complementarias que dificulten su atención a las personas. Resulta muy importante la dedicación seria de los formadores al diálogo personal, con una disponibilidad total; y sin caer en la tentación, por ejemplo en las casas internacionales, de dejar que los formandos vuelvan a sus países de origen sin aprovechar la etapa, sin ser contrastados; pues esto sería delegar indebidamente la propia responsabilidad y remitirle la tarea al siguiente formador. Más bien se necesita que los formadores se impliquen en la formación de todos los formandos³⁶.

Por lo tanto, la calidad del formador (en casas internacionales) se aprecia como un factor importante de la eficacia formativa. Alguna respuesta afirma que la calidad de la maestra de novicias es más determinante que la problemática derivada de la diversidad cultural; pues una maestra con experiencia puede entender la situación real de novicias internacionales, por encima del envoltorio cultural que a veces oscurece el diagnóstico³⁷.

Dentro de la atención a la formación parece que la inserción en la realidad social y eclesial local (el barrio y la parroquia) se aprecia en algunos casos como factor muy positivo de la experiencia; aunque sin caer en el riesgo de que la actividad apostólica externa dificulte un seguimiento más personalizado³⁸.

33 Lo afirma una responsable de formación de una congregación internacional, con referencia al equipo que prepara para la profesión; afirmaciones semejantes en un noviciado internacional. Así se propone en los documentos: CIVCSVA, *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, n. 32.

34 Lo constata la formadora de un juniorado internacional.

35 Lo afirma una maestra de noviciado interprovincial.

36 Es la queja de una formadora en juniorado internacional y de un formando en casa internacional.

37 Es el parecer de una maestra de noviciado internacional.

38 En el caso de un postulante internacional de instituto misionero.

Finalmente, la implicación continuada en su propia formación de los formadores y formadoras que organizan una experiencia intercongregacional para sus formandos también facilita el fruto y el buen resultado del conjunto³⁹.

La buena disposición y la madurez necesaria

El primer responsable de su formación es el mismo sujeto en formación⁴⁰. Por eso es lógico que las respuestas señalen que la buena disposición que tienen las personas en formación es un factor principal para la buena marcha de las casas de formación y de las etapas interprovinciales, así como para las experiencias intercongregacionales. Por ejemplo, funciona bien la etapa «cuando las formandas se dejan acompañar por las formadoras de la experiencia, cuando dejan otros acompañamientos anteriores», pero también «cuando se respeta y se escucha a las personas (en formación), valorando la madurez que ya tienen»⁴¹.

Algunos formadores proponen que haya una mejor selección de los formandos que se envían a casas de formación internacionales, incluso excluyendo a las personas que no estén preparadas⁴². Por ejemplo, cuando la etapa en cuestión implica estudio serio y en una lengua distinta de la propia (como la teología en un centro de cierto nivel académico) se requiere una capacidad intelectual suficiente en los formandos, que no es justo exigir a todos al ingresar. Pero sobre todo es necesaria la buena disposición de las personas para la experiencia, manifestada en su flexibilidad mental, su apertura a nuevos aprendizajes, sana docilidad a los formadores, y estar centrados espiritualmente, con una vocación fundada religiosamente y no basada en motivaciones ambivalentes (como el ascenso social o el gusto personal)⁴³. Por lo mismo, es muy aconsejable en todas las etapas una buena preparación y mentalización previa de las personas en formación que van a participar en la experiencia⁴⁴.

En la formación, el formando saca lo que previamente «invierte», como en las parábolas evangélicas⁴⁵; si la persona se abre a la experiencia crecerá mucho, pero si no está abierto, seguramente sentirá que no aprende. Por eso fracasa la experiencia común cuando las personas no son adecuadas para ella, unas porque no son conocidas, otras porque vienen de procesos formativos

39 Es la experiencia de una formadora implicada en una experiencia intercongregacional de formación inicial. Así lo recomienda CIVCSVA, *La colaboración entre institutos para la formación*, n. 17, d).

40 CIVCSVA, *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, n. 29.

41 Lo indica la formadora de un postulante internacional.

42 Lo pide un formador con amplia experiencia y responsabilidad en su congregación.

43 Estas situaciones encuentra un formador de teólogo internacional.

44 Así lo procura una formadora de la etapa de preparación a la profesión en centro internacional.

45 Por ejemplo, las parábolas de los talentos o de las minas; ver Mateo 25,14-30 y Lucas 19,12-27.

poco personalizados, otras porque tienen un carácter difícil (por ejemplo, notablemente rebeldes). A veces se les envía a un centro determinado para ver si allí logran cambiar (lo que no ha sucedido en su provincia de origen); pero esta pretensión se frustra por la dificultad que tienen para la convivencia y por la resistencia a la introspección e interiorización de la vocación y de la fe⁴⁶. Por eso se puede concluir que la mayor dificultad para el éxito formativo en centros interprovinciales no es la diversidad cultural, sino la inmadurez de las personas, la poca disposición a la etapa, la falta de adecuada motivación espiritual.

La sabiduría práctica y la dinámica de los grupos

Un factor muy condicionante que conviene considerar en toda experiencia formativa es la dinámica del grupo que se forma y que requiere adecuado manejo por parte de los formadores. El problema se plantea con más fuerza en las comunidades internacionales, cuando la diversidad excesiva de los sujetos en formación puede favorecer más una convivencia de grupos distintos que una verdadera integración comunitaria. Para afrontar estas situaciones las respuestas ofrecen sus experiencias positivas.

Como está dicho, varios formadores/as afirman que la preparación adecuada de los sujetos y el aprendizaje de la lengua del lugar facilitará mucho una inserción más integral, la asimilación de los contenidos del programa y la misma dinámica del grupo. Y siempre ayuda mucho el entusiasmo e ilusión de los formadores y su buen hacer, favoreciendo el diálogo entre formadores y con la comunidad de acogida. Pero también hay que liderar específicamente la dinámica concreta del inicio y del desarrollo de la vida común, quizá con un poco más de cuidado que en casas de formación pertenecientes a una única provincia.

Ayuda, por ejemplo, el dedicar tiempo a la presentación de la historia y ministerios de cada una de las provincias de origen, y no sólo de la provincia de acogida. También hacer una presentación al grupo de participantes del plan de formación que se va a seguir y acoger algunas de sus sugerencias al comenzar un curso. Suele ser muy bueno para la experiencia que se elabore un breve proyecto comunitario que señale un plan de vida en común que sea consensuado, sencillo y claro. Y en cualquier grupo (casa interprovincial o experiencia intercongregacional) se facilitan mucho las relaciones si se introduce no sólo un intercambio de temas teóricos, sino algún modo de convivencia festiva junto con la comunicación más profunda que se produce en la oración común o en algunas reuniones de grupo.

⁴⁶ Así analiza algunos fracasos formativos un formador de teología en centro interprovincial.

Al organizar la vida común también hay que evitar que en el reparto de funciones domésticas (cargos) y de actividades pastorales externas se «discrimine» de algún modo a los que no son del país de acogida, pues resulta muy perjudicial desde el punto de vista formativo y congregacional⁴⁷.

Una buena inserción social y eclesial en el lugar concreto (en actividades pastorales de las parroquias, centros o instituciones de la congregación o de la Iglesia local) ha favorecido el buen desarrollo de distintas experiencias, como está dicho. Esto, junto con la inserción en la vida de la congregación, facilita no sólo la inculturación y la convivencia, sino también experimentar una vida religiosa real⁴⁸.

La buena marcha de las comunidades de tipo interprovincial e internacional requiere la aplicación, por parte de los formadores y formadoras, de una sabiduría práctica en el manejo de ordenamientos y normas. Pues no hay que tener miedo a la educación en libertad responsable; pero hay que programar con seriedad algunos tiempos para la oración, el estudio, la formación y la vida comunitaria, que ayude a aterrizar las cosas en la realidad, sin matar los sueños idealistas de la gente joven⁴⁹. Por eso, dentro del proyecto formativo han de abordarse con claridad algunos aspectos concretos de disciplina religiosa, como el manejo del dinero, el uso concreto de la libertad, la autonomía y responsabilidad personal en viajes, pastoral, relación con la propia familia, etc. Todo esto requiere madurez en las personas en formación y unidad de criterios en el equipo formativo. También es positivo establecer momentos para evaluaciones periódicas (al menos anuales) en las que participa el grupo implicado, intentando corregir los errores que los formadores aprecian o el grupo detecta.

Pero, por otro lado, para algún formador resultaría negativo forzar demasiado los ritmos comunes, las presencias apostólicas o comunitarias, las dinámicas del grupo. Ocurre que si las tradiciones de que se proviene son distintas, es muy difícil (y hasta contraproducente) reclamar en etapas posteriores (como la teología) ritmos demasiado exigentes. Por eso siempre, incluso en las primeras etapas, conviene aplicar la flexibilidad que piden algunos fundadores y el sentido común⁵⁰. Con esa flexibilidad conviene trabajar la comunión, el respeto, la tolerancia, la comunicación de las experiencias personales (plurales) en teólogos⁵¹. Y finalmente, hay que saber perdonar fallos y limitaciones⁵². En

47 Es el reproche de un joven formando que experimentó esta situación.

48 Lo considera un formador de un teologado interprovincial.

49 Una formadora y un formador de sendos juniorados internacionales buscan este equilibrio.

50 Según dice una formadora de postulante internacional.

51 Es el parecer de un formador de la última etapa de estudios teológicos.

52 Un formador de casa internacional recuerda la Escritura: «Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá subsistir?» (Salmo 130,3).

este contexto se propone también para las casas internacionales defender una cierta «privacidad» o especificidad de cada persona y grupo; pues se trata de buscar el punto común que es suficiente para unos y no es excesivo para otros y, así, de mantener la existencia de «espacios amplios», tanto físicos como relacionales en la disciplina religiosa, las costumbres domésticas o los horarios⁵³.

Y no hay que recordar, por obvio, que para la dinámica de grupos plurales resultan muy negativos los acentos demasiado nacionalistas o la reivindicación muy marcada de identidades particulares, que siempre divide al grupo⁵⁴.

Un futuro deseable

En la mayoría de las respuestas se afirma que las experiencias comunes de formación son un hecho y un deseo. Son un hecho porque para muchos institutos es ya una realidad presente muy asentada desde hace años y en progreso⁵⁵. Es un hecho también que la colaboración intercongregacional obtiene frutos notables, de modo que algunas respuestas animan a la vida consagrada a que se abra más a este tipo de experiencias desde los inicios de la formación, para facilitar una formación más basada en los criterios que en las normas, en continuo cambio, más centrada en Jesús, en la comunión y en la inclusión⁵⁶. Por ejemplo, los internoviados parece que ayudan mucho a la formación y son bien valorados por muy distintos formadores y formandos/as; lo intercongregacional favorece la calidad de la formación.

Pero no sólo es un hecho, sino que es también un deseo. A la pregunta sobre si lo «común» tiene futuro, la mayoría afirma que el futuro va por aquí, aunque no todos los institutos o provincias se abren todavía a esta realidad. Pero a pesar de que algunas provincias no desean ese camino de reestructuración, algunas congregaciones están optando por constituir teólogos interprovinciales, cuando antes no había⁵⁷. Y alguna congregación impulsa su noviciado y juniorado internacional, incluso renunciando a una tradición muy europeizada. Pues se valora lo internacional de cara al futuro, ya que fortalece la formación, facilita la interculturalidad, la universalidad misionera, la valoración de lo diferente y refuerza el sentido de pertenencia⁵⁸.

53 Así considera un responsable de formación internacional, que recuerda que «mi Padre tiene muchas moradas» (Juan 14,2.)

54 Lo recuerda el formador de un teólogo internacional.

55 Dice una formadora: «nuestro ejemplo de casa interprovincial sirvió como experiencia piloto para fomentar en todos los continentes ese tipo de casas de formación, que se han multiplicado»

56 Lo afirma una formadora participante en un internoviado.

57 Sucede en algún instituto con fuerte tradición de notable autonomía local y provincial.

58 Lo afirman formadoras del juniorado y de la preparación a la profesión de distintos institutos. Se repite que el carisma propio se refuerza en contacto con otros carismas en los centros de presencia

En las respuestas se percibe lo común como deseo, como línea de futuro en la formación, por motivos prácticos y teóricos; entre otros, la escasez de vocaciones y de formadores. En el plano intercongregacional, por ejemplo, hay experiencias en las que quizá se pueda avanzar más, como organizar etapas de preparación a la profesión juntamente con otros institutos (especialmente cuando hay pocas participantes), o al menos parte de esa formación, como hacer unos Ejercicios de mes bien preparados⁵⁹. Por eso se sostiene que en el futuro tenemos que abrirnos más a experiencias comunes a distintas congregaciones: «comunicarnos, tener encuentros, perder miedos y hacer experiencias, compartir recursos, conocer la pedagogía que tenemos unas y otras, estructuras, ayudarnos a buscar los cómo, y escuchar a las jóvenes en este punto»⁶⁰.

Por lo que hace a las experiencias interprovinciales, se valora que favorecen a medio plazo la reestructuración de provincias, que algunas provincias ya están acometiendo y que resulta inevitable si se quiere construir el propio futuro; en estos casos la formación común constituye una magnífica preparación, como se constata en varios institutos. Por eso no sólo «tiene futuro», sino que «es el futuro», pues constituye la tendencia de los institutos, de la Iglesia, de la sociedad⁶¹.

Alguna respuesta exhorta a que las provincias no absoluticen su propio estilo (por ejemplo, un poco más tradicional), para ser más capaces de compartir con las otras y de abrirse a modos nuevos de funcionar; pues lo importante es cuidar la vocación del joven⁶². Pero la realidad es que la mayoría de las respuestas participan pacíficamente de esta visión de futuro. Los formadores creen y apuestan por estos proyectos, desean mayor colaboración entre las provincias, luchan para vencer las dificultades que surgen y buscan la unidad presente y futura en la misión⁶³.

En la formación internacional no se oculta la problemática que plantea una formación en la interculturalidad y el pluralismo. Algunos creen decididamente en esa fórmula, pero otros formadores alertan sobre el asunto, pues es preciso reconocer la dificultad de una formación intercultural, incluso dentro de la misma congregación. Por lo cual no valen irenismos para simplificar las relaciones y la problemática que surge, y algunos consideran que no todos los formandos están preparados para una formación fuera de su cultura o de

intercongregacional, en los internoviados, en juniorados intercongregacionales con programas para varios años.

59 Esta experiencia, menos frecuente en la Europa meridional, es más frecuente en otras latitudes.

60 Lo propone una formadora que ha estado en un postulante y noviciado internacional.

61 Lo afirman formadores y formadoras de juniorado y teólogo.

62 Lo desea un responsable provincial de formación.

63 Lo afirman formadores de dos institutos internacionales distintos.

su país de origen; de hecho se suscitan muchos deslumbramientos culturales y económicos que dificultan entrar en el núcleo de lo formativo. Por eso hay que re-pensar qué es eso de formación intercultural, porque a veces está el acento puesto tan fuertemente en lo cultural (en la diversidad, en la especificidad, en las tradiciones particulares) que se olvida lo esencial de la formación (el evangelio y el carisma concreto), y de este modo se desvirtúa la formación. Ninguna cultura puede oponerse al evangelio ni al núcleo del carisma, y por eso toda formación requiere salir de la propia tierra y de muchas de las propias costumbres⁶⁴.

Con todo, la formación interprovincial e internacional se percibe por la mayoría como puerta de esperanza, con tal que se sepa que el núcleo del éxito consiste en el cambio de las personas y en el fortalecimiento de la identidad carismática y evangélica; lo cual puede revitalizar las congregaciones trabajando en equipo y concentrando el esfuerzo en algunas casas de formación⁶⁵.

4. REFLEXIONES CONCLUSIVAS

Hemos recogido en las páginas anteriores los resultados de un sondeo que nos ha mostrado sus opiniones sobre distintas formas de formación común en la vida consagrada. Ciertamente, no se ha podido reflejar bien la riqueza de los matices expresados ni la generosidad y libertad con que muchas respuestas hablan de experiencias muy personales, exitosas o frustrantes. Lo cual es otra muestra de que en la vida consagrada podemos compartir mucho de nuestra vocación común para construir un futuro con mayor acento intercongregacional y así ser mejores testigos en un mundo alejado de la experiencia de Dios.

Intentamos a continuación una síntesis conclusiva, añadiendo a las opiniones expresadas algunas reflexiones propias.

Una realidad positiva

La formación común es una *realidad*, que en algunos institutos tiene raíces antiguas y hasta fundacionales y que en casi todos tiene hoy alguna manifestación. Existen muchas casas de formación interprovinciales e internacionales y muchos religiosos en formación participan a lo largo de su vida en alguna experiencia intercongregacional más o menos intensa. Es una realidad que no

⁶⁴ Así constata y reflexiona un formador con amplia experiencia internacional.

⁶⁵ Así piensa un formador que además ha hecho su propia formación en casas internacionales.

todos los religiosos desean ni apoyan claramente todavía, pero una realidad constatable y en creciente expansión.

Sobre el juicio que merece esta realidad, la primera constatación que salta a la vista es que los formadores y formadoras que participan en una formación común hacen una *valoración positiva* de la misma y consideran que la formación interprovincial e internacional de una congregación aporta muchos elementos de enriquecimiento al crecimiento humano, vocacional y carismático de la mayoría de los participantes. Los que, a su vez, participan en cursos y en experiencias intercongregacionales consideran también que este tipo de propuestas aportan riquezas que una sola congregación no puede garantizar. Unas y otras, también cuando incluyen un fuerte elemento intercultural⁶⁶, pueden favorecer los procesos formativos, ejercitan el respeto y la colaboración, la apertura y la universalidad, el sentido misionero, así como la vuelta a las raíces carismáticas y a los dinamismos esenciales de la vocación. Y los esfuerzos realizados por muchas congregaciones están dando sus frutos.

Proyectos con inevitables dificultades

Otra constatación de los formadores es que estas experiencias también tienen sus *dificultades*; las cuales pueden provenir de las provincias, de los formadores y formadoras o de las personas en formación. Estas dificultades, si se conjuran en proporción excesiva, pueden arruinar y han malogrado algunos proyectos. La formación común, por sí misma, no es *la* solución de los problemas que muchos institutos detectan en la formación. Los problemas en la formación común pueden tener diversos orígenes, como la reticencia del gobierno religioso; la menor colaboración de las provincias en apoyo del proyecto; la difícil constitución de equipos formativos que sean equilibrados, tengan un proyecto formativo claro y sepan asumir adecuadamente sus responsabilidades; y la mayor o menor madurez de las personas en formación, la cual tendrá un reflejo en la dinámica del grupo y en las manifestaciones de la diversidad cultural. Si se reúnen más de uno de estos ingredientes el proyecto puede llegar a fracasar.

⁶⁶ No todas las experiencias interprovinciales ni internacionales tienen el mismo sentido intercultural. Un noviciado con novicios/as de España, Portugal e Italia es intercultural; pero ese rasgo es más notable en una casa de formación con sujetos procedentes de Asia, África, América Latina y Europa, por ejemplo.

Condiciones necesarias

Esas dificultades, a veces constatadas dolorosamente, recuerdan que se requieren algunas condiciones si se desean resultados positivos. Estas condiciones apuntan a las diversas instancias de responsabilidad. En primer lugar, el apoyo de la institución (gobierno general y provincial) debe ser inequívoco, incluyendo la promoción de iniciativas, la deliberación sobre ellas, la formación de equipos adecuados, la renuncia a algunas tradiciones o áreas de poder, la dotación económica, el conocimiento y seguimiento del proyecto, el apoyo a los formadores⁶⁷.

Los equipos formativos de las casas de formación (que deben tener una única persona últimamente responsable de la formación) no sólo han de estar formados por personas valiosas, sino capaces de colaborar entre sí, de apoyarse orgánicamente, de evaluar, y de dedicar tiempo a la formación y a la escucha de las personas.

Los formandos y formandas destinados a estas casas comunes deben tener algunas condiciones, más notables cuanto más plural sea la procedencia de los individuos y mayores los retos intelectuales, comunitarios o apostólicos que haya que afrontar. Pues no todas las personas que están en formación aprovechan igualmente en una casa común. Las condiciones de los sujetos particulares deben cuidarse al máximo antes de ser enviados a una experiencia de formación común y también durante la misma, pues no todos son capaces de aprovechar algunas experiencias, especialmente si el sujeto tiene limitaciones manifiestas; la formación común proporciona más retos que una formación más protegida y desestabilizará a quien ya tiene poco equilibrio. Cuando se trata de experiencias intercongregacionales, las condiciones dependen de la intensidad de la experiencia, aunque podríamos decir que son semejantes.

Finalmente, cuando el componente intercultural es fuerte, el manejo que se haga dentro de la casa de formación puede resultar conflictivo. El tema necesita más reflexión, en la formación, en la vida consagrada y en la vida de la Iglesia. Pero no se trata de buscar un equilibrio entre el evangelio y la cultura; sino que la solución irá más bien por la asimilación de la cultura desde

⁶⁷ Analiza los factores que han impulsado estos procesos de interrelación en sus múltiples fórmulas, con una mirada desde el gobierno general: B. ACOSTA MESA, *Unir fuerzas para el 'más' de la misión, desde la experiencia de la Compañía de María*, in: UISG, Boletín n° 135 (2007) 13-44; pues «estos procesos de búsqueda de otras formas estructurales y organizativas lleva consigo una serie de esfuerzos humanos y económicos [...] requieren gran inversión de energías, tiempo y también recargo de actividades (pg. 39).

una radicalidad evangélica previamente adquirida⁶⁸. Al estilo del Jesús judío que fue libre de su cultura, pero se encarnó en ella y la llevó a su plenitud⁶⁹.

La mayoría de estas condiciones son comunes a cualquier proceso de formación vocacional. Pero así remiten más claramente a otra constatación: estas condiciones piden en el fondo que toda reestructuración sea acompañada de la adecuada revitalización.

Para una futura revitalización

Las respuestas del sondeo nos abren, pues, a otra conclusión que se puede formular así: para garantizar una adecuada renovación de la vida consagrada no es suficiente la reestructuración organizativa de la formación si no va acompañada de una revitalización espiritual; más bien parece que las nuevas estructuras requieren precisamente una mayor vitalidad vocacional y apostólica en todos los participantes. Sin esta renovación interna (de las personas, de los equipos formativos, de los gobiernos provinciales y generales) no se puede esperar mucho fruto religioso de los cambios efectuados en las estructuras. Por eso se ha hablado de «reestructuración con renovación» o de «reestructuración con espíritu»⁷⁰; y, de este modo, la formación sí podría constituir la punta de lanza de esta renovación de los institutos.

En este contexto señalamos tres factores que pueden favorecer una revitalización de la formación en el ámbito de la nueva evangelización, no tanto referidos a los contenidos de la formación, sino a requisitos del proceso formativo y a su pedagogía.

Desde el punto de vista de la formación, el primer factor que puede ayudar a esta renovación de la vida religiosa es procurar una cuidadosa *admisión de los candidatos* y echar un buen fundamento en los primeros años de formación, especialmente en el noviciado: «que desde las primeras etapas motivemos, acompañemos y demos valor a las exigencias evangélicas en la radicalidad de nuestra opción por la vida religiosa»⁷¹. Pero estas exigencias sólo pueden proponerse a los que han sido llamados por Dios a este género de vida y a quienes han purificado sus motivaciones ambivalentes iniciales.

68 El problema se alude en algunos documentos referidos a la vida consagrada: «La comunidad religiosa, al mismo tiempo que debe asumir la cultura del lugar, está llamada también a purificarla y a elevarla por medio de la sal y la luz del Evangelio» mediante «una inculturación evangelizadora y una evangelización inculturada», en CVCSVA, *Congregavit nos in unum Christi Amor*, de 19 de febrero de 1994, n. 52; se puede ver también JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, n. 80.

69 Ver Mateo 5,17.

70 Por ejemplo, J. A. GUERRERO ALVES, *Reestructuración con espíritu*, in: Vida Nueva, Folletos «Con Él» (Diciembre 2011).

71 Lo formula así una formadora de prenoviciado interprovincial.

Esta selección de los candidatos sigue siendo tarea pendiente, como refleja el sondeo; pues se detectan aún demasiados candidatos que no alcanzan los objetivos de las distintas etapas, pero que se continúan manteniendo en la formación para ofrecerles otra oportunidad. ¿No estaremos intentando construir sobre arena durante demasiado tiempo?⁷²

Una vez admitidos los candidatos idóneos, el segundo factor de renovación para el futuro sería una *atención personalizada* y diversificada; una personalización de la formación que favorezca un camino personal hacia la internalización de la vocación⁷³. Pero, en la teoría y en la práctica, existen muy *distintos modelos de formación* dentro de la vida religiosa⁷⁴. Por eso necesitamos un modelo que, dentro de la sana diversidad de personas y carismas, favorezca la integración de las fuerzas culturales y ambientales, los dinamismos intra-psíquicos y las virtudes espirituales que entran en juego en toda vida consagrada; una formación que procure una vigorosa espiritualidad, una mirada dialogante con el mundo y un profundo conocimiento propio.

De este modo todo chico o chica en formación ha de construir sobre su experiencia religiosa fundante una identificación gozosa con el carisma, que podrá ser vivido en medio de este mundo con libertad y discernimiento cuando se den motivaciones consistentes basadas en la internalización⁷⁵, sin caer en comportamientos movidos por la complacencia ni tampoco comportamientos fundados en la mera identificación con otras personas o instituciones. Por eso no forman bien la conformidad del temor o de los premios, ni el ejercicio externo del rol (por sagrado o caritativo que sea ese rol), ni la identificación extrínseca con figuras ideales, sino la consagración integral de una persona que se entrega a Cristo sólo por amor.

Ayudar a las personas en formación a recorrer este camino que es la internalización de los valores vocacionales requiere *formadores preparados*, que es el tercer factor de renovación que proponemos⁷⁶. Los formadores responsables deberían ser verdaderos maestros de espíritu, estar preparados para un discernimiento vocacional integral y llevar a cabo una adecuada pedagogía en el acompañamiento formativo. Para ser *maestros del espíritu* no es pre-

⁷² Mateo 7,26-27.

⁷³ CIVCSVA, *Orientaciones*, obra citada, nn. 1 y 6.

⁷⁴ Ver por ejemplo A. CENCINI, *Una istituzione al servizio della formazione*, in: F. IMODA (A CURA DI), *Antropologia interdisciplinare e formazione*, Bologna: EDB, 1997, 581-589; A. CENCINI, *L'albero della vita. Verso un modello di formazione iniziale e permanente*, Cisinello Balsamo: Edizioni Paoline 2005.

⁷⁵ Una persona internaliza un valor vivido por Cristo cuando está dispuesta a aceptar y a ser cambiada por dicho valor (que le lleva a trascenderse teocéntricamente) por la importancia intrínseca del valor, y no por las ventajas que pueda sacar de su ejercicio: L. M. RULLA, *Antropología de la vocación cristiana, I. Bases interdisciplinares*, Madrid: S. E. Atenas 1990, 317-327.

⁷⁶ Es una recomendación continua de la Iglesia: CIVCSVA, *La colaboración entre institutos para la formación*, n. 24, 26 a) y d).

ciso tener estudios muy especializados en espiritualidad, sino tener suficiente experiencia personal de las cosas de Dios⁷⁷ y algunos conocimientos de la tradición espiritual en que se inscribe el propio carisma. La *capacidad para el discernimiento* en los formadores se refiere a la capacidad de discernir las vocaciones según una dimensión espiritual (que podemos formular como verificar las señales de la llamada de Dios), según una dimensión antropológica (que se refiere a verificar la idoneidad y capacidad humana para la respuesta a esa llamada) y según una dimensión que podríamos llamar psico-espiritual, que se refiere a la identificación de los engaños espirituales bajo apariencia de bien en la respuesta vocacional⁷⁸. La *capacidad para realizar una adecuada pedagogía espiritual* puede adquirirse con el estudio y la práctica. Pero dicha pedagogía debería considerar tanto los elementos espirituales (los procesos espirituales formulados por cualquiera de las tradiciones de la espiritualidad cristiana) como los elementos antropológicos necesarios para incidir en los dinamismos psíquicos que conviene integrar con las verdades de la fe. Acompañar candidatos al sacerdocio y a la vida consagrada no es tarea fácil, pues en su formación entran en juego todos los dinamismos psíquicos que podemos poner en juego para integrar los contenidos del evangelio... o para defendernos de ellos. Y es que la transformación en Cristo⁷⁹ no es un camino simple desde el punto de vista antropológico.

Con los elementos anteriores será más fácil proponer y asimilar los adecuados contenidos teológicos, espirituales y humanos que exige el proceso formativo; y será más probable la buena disposición de los sujetos para su asimilación personalizada y profunda, para su internalización, que es el camino de la revitalización: procurar «la armoniosa fusión» de los «elementos espiritual, apostólico, doctrinal y práctico» de la vida religiosa para «ayudar a religiosas y religiosos a realizar su unidad de vida en Cristo por el Espíritu»⁸⁰.

ANEXO

EL SONDEO REALIZADO

Para conocer la experiencia de los formadores se distribuyó un *cuestionario* que permitía *respuestas* de extensión y perspectivas muy variadas

77 Los grandes espirituales siempre piden experiencia espiritual en los directores de almas; ver por ejemplo SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, 13,14; 34,12; *Moradas Sextas*, 8,9; 9,11; *Libro de las Fundaciones* 8,8, en *Obras completas*, 5 ed., Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2000.

78 Un método para realizar este triple discernimiento vocacional, en L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, *Discernir la llamada. La valoración vocacional*, Madrid: San Pablo – Universidad Pontificia Comillas, 2008.

79 Al menos el deseo de poder decir con Pablo «no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»: Gálatas 2,20.

80 CIVCSVA, *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, n. 1.

a personas con experiencia en algún tipo de formación común. Se envió el cuestionario a un *total de 68 personas*, explicando el proyecto y prometiendo el anonimato en la presentación de los datos. Finalmente se han recogido *40 respuestas* válidas de experiencias de formación común con las que hemos realizado la síntesis anterior. Algunas respuestas reflejan la experiencia de una sola persona en una o varias etapas de formación; y otras recogen las opiniones de varias personas como, por ejemplo, un equipo de formación o un grupo de novicias. Las respuestas no pretendían ni permiten un tratamiento cuantitativo, sino cualitativo.

Algunas *personas* que responden están *actualmente en formación* (7 personas) y otras lo han estado recientemente y reseñan sus experiencias (3 personas); hay un grupo que son *formadores o formadoras* (22 personas); hay otro grupo de antiguos formadores y formadoras, algunos con cargos de gobierno a nivel provincial o general (al menos 7 personas); y un último colectivo lo constituyen profesores de centros de enseñanza u organizadores de cursos (6 personas). Algunas de estas personas responden con sus equipos formativos.

Las respuestas provienen de varias *comunidades* distintas de 10 institutos masculinos y de 7 institutos femeninos. En su mayoría son de vida apostólica, tanto masculinas (18 respuestas) como femeninas (15 respuestas), aunque hay una pequeña muestra (3 respuestas) de institutos de vida monástica.

Las respuestas provienen de la *etapa* del prenoviciado o postulante (9 respuestas), del noviciado e internoviciado (8 formadoras y 6 novicias/os), de la etapa de la profesión temporal, juniorado y teología (15 respuestas), de la etapa de formación para la profesión (2 respuestas) y de la formación permanente o de cursos de formadores (5 respuestas). Otras respuestas son de personas que no especifican una determinada etapa de formación, porque han estado en varias o porque tienen una responsabilidad más general.

La mayoría de las casas de formación a las que se refieren las respuestas están situadas en Europa meridional; otro segundo grupo de casas están en América Latina, y unas pocas experiencias se refieren a África y Asia. Las personas en formación de esas casas pertenecen a esos mismos ámbitos geográficos. La mayoría de los formadores y formadoras que responden son nacidos en Europa Meridional (excepto tres respuestas), aunque muchos trabajan fuera de ella.

CUESTIONARIO ENVIADO

1. Tipo de experiencia «común»: postulante, noviciado, juniorado, teologado, segundo noviciado, tercera probación, curso de renova-

- ción, etc. (indicando si es interprovincial, intercongregacional, internacional...).
2. Duración de la experiencia (número de semanas, meses, años).
 3. Lo que valoras tú (o la congregación) como positivo, logro, constructivo.
 4. Lo que consideras tú (o la congregación) como negativo, limitación o dificultad.
 5. Condiciones para que haya funcionado bien (y/o causas de su posible fracaso).
 6. Futuro: si es una experiencia que tiene futuro, que abre perspectivas.
 7. Como formador (o como congregación), ¿pides algo a la Vida Consagrada, a otros Institutos, para seguir con este tipo de experiencias en común? ¿La Vida Consagrada podría hacer algo más para facilitar este tipo de experiencias
 8. ¿Tu Provincia o Congregación ofrece o propondría algo a otras Provincias o Congregaciones para una mayor colaboración en la formación común inicial o permanente?
 9. Se puede añadir cualquier otro dato, reflexión o propuesta que se desee hacer. Indicar, por favor, quién responde al cuestionario (formador responsable, miembro del equipo, delegado, provincial, etc.)

Luis María García Domínguez, sj.